

AD LIBITUM

RICARDO SALABERRIA

Hace muy pocas semanas presencié una escena alucinante desde el tren tranvía que circulaba de Irún a Donostia. La escena fue fugaz, tan fugaz como el paso de un tren que iniciaba, en ese momento, el frenado para estacionarse en el andén de Lezo-Rentería.

En medio de unos matorrales cercanos a las vías secundarias apareció un joven, con el pelo alborotado, dando saltos y brincos de simio. Llevaba el brazo derecho extendido y descubierto, mostrando en él una jeringa pinchada en la vena. Supongo que la jeringa contendría droga.

Por otro lado, un anciano con chapela y bastón se acercó por el camino paralelo a las vías y se topó, de sopetón, con aquel saltimbanqui. El joven botó ante el anciano, como un triste bufón, y le señaló, ostentosamente, la jeringa clavada en el brazo. Además le gritó algo, inaudible para mí, y le indicó, una y otra vez, la manera de empujar el émbolo del artilugio. El anciano, con los ojos escondidos en la sombra de la chapela, quieto, miraba sin entender.

El tranvía pasó, insensible, ante el desarrollo de un drama doloroso. Yo cerré el libro que venía leyendo, mareado y amargado por aquella escena infernal.

Pensé en los que sufren este problema de la droga, en sus familiares, en los médicos que se dedican a recuperar estos enfermos, en los periodistas que penetran con valentía en ese mundo sórdido y relatan a la sociedad sus experiencias, en esta sociedad, en mí...

Mi yo preguntón habló con mi yo respondón:

—«Tú, que eres un cuarentón, ¿no tuviste en la adolescencia alguna relación con la droga?».

—«Pues, sí. Fumábamos "arto-bizarrras" en los maizales de La Fandería, empezamos a beber vino a temprana edad, y, si como dicen los marxistas—la religión es el opio del pueblo—, efectivamente, los monótonos rosarios, vísperas y sermones que se celebraban en la iglesia nos producían somnolencias profundas y viajes a mundos extraterrestres».

—«No, hombre, me refiero a las drogas como la marihuana, heroína, etc...».

—«De eso nada. Entonces estábamos empeñados en casarnos con aquella moza de ojos bonitos que nos gustara en un baile, en comprar un piso, en cuidar el primer hijo... Empezamos a enterarnos del asunto de la droga por las noticias de los periódicos, referentes a China, Norteamérica, Turquía... Las leíamos, ajenos, como si fueran las reseñas de los daños devastadores del ciclón Anastasia. Noticias lejanas, como aquella que comentaba el que a los niños mexicanos, pobres, les dieran a oler gasolina para aplacar la sensación de hambre canina. (Por estas tierras también llamábamos a ciertos vinos: petróleo). Luego, todo se precipitó. Las revistas, la televisión, los "niños bonitos" de las ciudades, las películas...

nos enteraron de la proximidad de la plaga. Nunca he sabido si las noticias eran precursoras de un problema apetecible, buscando el morbo de los lectores, o, eran reflejo de un hecho ya existente en nuestra sociedad. Y llegó la droga a nuestros portales».

—«Y, ¿qué te parece?».

—«Que es una marranada. Se ha visto, claramente, que es un fabuloso negocio de estados que juegan con el señuelo de "liberar" a una juventud frustrada por la falta de trabajo y por la competencia desquiciante de las máquinas. Es el gran fraude de nuestro siglo».

—«¿? ».

—«No me mires con esa cara de lerdo. No te escapas del engranaje. De momento, tú, como yo, somos culpables de lo que pasa. "Todos somos culpables de esta situación", es lo que repiten, como una cantinela, en las entrevistas los que están trabajando en la recuperación de estos enfermos».

—«¿Yo culpable?... Si no hago más que trabajar, atender a la familia y pagar impuestos...».

—«¡Ay, majo! Antes tampoco hacíamos nada y nos mandaban a confesar y pedir perdón todos los primeros viernes del mes, al menos. Es nuestro destino: no comernos un rosco y tener que andar por los montes, como los ermitaños, pidiendo perdón a voces por el pecado de negligencia, digo yo. Sin embargo, sí, subiría al monte más alto de la tierra, en una increíble romería, para desde allí hacer un gigantesco corte de mangas a los manipuladores de la sociedad. Luego, nos dedicaríamos, frenéticamente, a cultivar puerros, perejil, tomates...».

—«¿? ».

—«Te recomiendo una cosa: cuida de tus hijos. Hay más de un gavilán con el ojo en la presa. Abreles horizontes de arte, ecología, deporte, relaciones humanas..., etc. Y, tú, por si algún día tienes que romper la nariz de algún traficante, esmérate algo en la olvidada gimnasia, en hacer carreritas, remo..., pues, te veo unos rebordes de grasa en la cintura y unas faldillas en las nalgas, que te dejan impresentable para lo que nos toca vivir».

—«¡Jó! Antes no pasaban estas cosas».

—«No. Antes, el tío Félix, que tenía menos dientes que un recién nacido, se metía un trozo de queso viejo, duro, en la boca y se pasaba media mañana "drogándose" de queso, mientras tomaba el sol, acompañado de otros "chavales", junto a la pared de la estación del tren. ¡Mira por dónde!, el mismo escenario ha servido para dos actos diferentes del teatro de la vida. De momento, algo va a cambiar: están haciendo un edificio nuevo que servirá para la estación de la Renfe. ¡Ojalá! se renueven otras cosas».